

1968 abrió un porvenir

Elena Poniatowska

1968 fue el año de Vietnam, de Biafra, del asesinato de Martin Luther King, del de Robert Kennedy (después del de su hermano John F. Kennedy, presidente de los Estados Unidos), de la reivindicación del pueblo negro, de los Black Panthers, de la Primavera Negra, de la invasión rusa a Checoslovaquia que escandalizó al mundo, del movimiento *hippie* de Peace and love que llegó hasta la humilde choza de la chamana María Sabina quien oficiaba la ceremonia de los hongos alucinantes (LSD) en Huautla de Jiménez, Oaxaca y, sin embargo, para México, el 68 tiene un solo nombre: Tlatelolco, 2 de octubre.

Ho Ho Ho Chi Minh
Díaz Ordaz, chin, chin, chin.

Ho Chi Minh, el maravilloso jefe de la República Democrática de Vietnam era una figura casi tan carismática para los estudiantes como el Che Guevara aunque hoy esté un poco olvidado. La guerra de los Estados Unidos en contra de Vietnam conoció el repudio absoluto de los estudiantes de Berkeley y a partir de 1963, las manifestaciones de protesta fueron continuas. Los jóvenes norteamericanos no sólo lucharon por el “Free Speech” (con el líder Mario Savio de origen italiano a la cabeza), la libertad de cátedra, la libertad de credo, sino que se negaron a acatar los designios gubernamentales y empresariales: entrar al proceso triturador del “Big Business” (sobre todo a la industria de guerra) y rechazaron categóricamente el futuro que les tenían prometido. Se opusieron a la poderosa maquinaria estatal llevando una flor amarilla en los cabellos (que por cierto crecían alargando su antagonismo). Frente a la universidad, los estudiantes de Berkeley barbudos, greñudos y sin bañar detenían a los soldados recién enrolados: “Don’t go. This is genocide”. Les sonreían y hacían la V de la Victoria con dos dedos levantados, esos dedos que tanto enfurecieron al *establishment* y a la sociedad de la opulencia. Ir a Vietnam

era cometer un crimen y los muchachos lo advertían con una flor en la mano: “Peace and love”.

No sólo eran los estadounidenses los rebeldes, los jóvenes del mundo entero alzaban la mano, algunos con el puño cerrado. Tenían mucho que reclamarle a la sociedad. ¿Qué mundo les heredaban sus padres? ¿Qué harían al graduarse? ¿Qué les ofrecía la sociedad de consumo? ¿De-seaban realmente ser parte de un engranaje de producción masiva? En Europa, las perspectivas de la juventud no eran más alentadoras. No había trabajo para los egresados de las universidades. ¿En dónde se emplearían? En América, en África, en Asia, en Australia, la migración y el rechazo al orden establecido se habían generalizado. “Si mi país no puede alimentarme, tengo que buscar otro”.

“La imaginación al poder”, “Entre más hago la revolución, más ganas me dan de hacer el amor, entre más hago el amor, más ganas tengo de hacer la revolución”, “Prohibido prohibir”, “No a la revolución con corbata”, “Tenemos una izquierda prehistórica”, “La policía está en la calle”, “Revolución: te amo”, “Todo poder abusa. El poder absoluto abusa absolutamente”, “Cada uno de nosotros es el Estado”, “Exagerar es comenzar a inventar”, “Debajo de los adoquines está la playa”.

En México, los estudiantes cantaban al son del corrido de Rosita Álvarez: “Año del 68, muy presente tengo yo, en un cuarto de los Pinos, Díaz Ordaz se desbieló, Díaz Ordaz se desbieló”. “Prensa corrupta”, “Prensa vendida”, “Aquí nadie se rinde”, “Policía escucha, tu hijo está en la lucha”, el gobierno perdía el quicio: “Reconsideren, vuelvan a clases, agradézcandle al gobierno su paciencia, no se dejen engañar por los agitadores y los profetas de la destrucción”.

Dentro de esas circunstancias de inquietud y descontento —no hay que olvidar que Vietnam estaba en guerra, primero con Francia y después con los Estados Unidos desde 1946—, se dio en varios países del mundo el gran rechazo al orden establecido, a los partidos, a los gobiernos. En mayo de 1968 en París, el general Charles de Gaulle,



La bandera a media asta en Ciudad Universitaria

el gran héroe de la Segunda Guerra Mundial, fustigó a los estudiantes que paralizaban la vida cotidiana de París y habían levantado barricadas con las piedras del pavimento, pintaban los muros de La Sorbonne y se rehusaban a entrar a clase. Cuando fue expulsado de Francia el líder estudiantil Daniel Cohn-Bendit a quien, tanto el Partido Comunista como la derecha criticaron duramente, no sin dejar de aludir a su origen alemán y judío, los estudiantes tomaron las calles repitiendo una y otra vez:

“Nous sommes tous des juifs-allemands”.

Todos somos judíos alemanes, todos somos judíos alemanes.

Las guerras quedaban olvidadas, los jóvenes eran uno solo, el repudio era de todos. Si en Francia, la falta de oportunidades, De Gaulle y su gobierno fueron el objetivo estudiantil, en México, el partido oficial, el PRI, la corrupción, el Presidente y su gabinete, el cuerpo policiaco

de granaderos, los absurdos delitos de “Disolución Social”, “Asociación delictuosa” y “Ataques a las vías públicas” (de los que ya se había acusado a estudiantes que habían caído presos en julio y agosto de 1968 como Salvador Martínez della Roca “El Pino” y Luis Tomás Cervantes Cabeza de Vaca, espantosamente torturado) fueron el detonador del movimiento del 68 al que el escritor José Revueltas llamó “enloquecido movimiento de pureza”.

¿Qué querían los estudiantes? En Ankara, en Berkeley, en Berlín, en Belgrado, en Madrid, en Praga, en Río de Janeiro, en Tokio, en Varsovia, en Nanterre, en París pedían que se les abriera otro futuro en una sociedad menos hipócrita y convencional. En México tampoco los jóvenes tenían su porvenir asegurado como tampoco lo tienen ahora. Ninguna lucha resultó tan bárbara como la mexicana que terminó en la masacre del 2 de octubre de 1968 en la Plaza de las Tres Culturas.

Vallejo-libertad, Vallejo-libertad, Vallejo-libertad.

Demetrio Vallejo y Valentín Campa llevaban diez años en la cárcel. Eran dos líderes, dos conciencias libres, dos símbolos. Hacia ellos podían mirar los estudiantes. A lo mejor algunos ni conocían la gran huelga ferrocarrilera de 1958 pero sí sabían que eran dos hombres que se negaban a transar y que la condición de los asalariados en México era pésima. Claro, muchos jóvenes ignoraban lo que habían sido los movimientos sociales pero la Universidad y el Politécnico están allí para informar, “concientizar” (palabra eminentemente universitaria) poner en marcha, enseñar a pasar de la práctica a la acción. Los estudiantes querían ligar su movimiento a otros, al de los obreros y aunque jamás consiguieron su apoyo (una de las razones de su fracaso) hicieron varios intentos de acercamiento. “Obrero, toma tu volante, toma obrero” —decían las muchachas universitarias de minifalda y voz cantarina. Las grandes manifestaciones, la de agosto 13, la de agosto 27, la del Silencio, la del rector Javier Barros Sierra y su irreprochable conducta conmovieron a la juventud mexicana fuera o no universitaria. Más de quinientos mil estudiantes acompañados por padres y familiares descendían por el Paseo de la Reforma al Zócalo encendiendo el entusiasmo de espectadores hasta entonces indiferentes por no decir desarmados y a la expectativa. Muchos se emocionaron y se les unieron, México podía cambiar, incluirlos y crear una sociedad en la que cupieran todos. Hasta ese día, ninguna demostración antigubernamental en la historia de México había levantado tanta ámpula.

Y tanta esperanza.

El pliego petitorio estudiantil fue acusado de limitado por algunos maestros. No había una sola petición académica, nada para mejorar el plan de estudios, fomentar la cultura y la ciencia, nada acerca del desarrollo universitario y politécnico. Sin embargo, políticamente resultó

muy concreto, (pedía la disolución del cuerpo de policías llamados “granaderos”) a diferencia de las interminables sesiones del Consejo Nacional de Huelga en las que se podía comer, dormir, complotar y hacer el amor que según el 68 francés es una insuperable manera de ser revolucionario.

1. Libertad de todos los presos políticos.
2. Derogación del artículo 145 del Código Penal Federal.
3. Desaparición del cuerpo de granaderos.
4. Destitución de los jefes policiacos Cueto, Mendiola y Frías.
5. Indemnización a los familiares de todos los muertos y heridos desde el inicio del conflicto.
6. Deslindamiento de responsabilidades de los funcionarios culpables de los hechos sangrientos.

La situación era crítica. Al gobierno del presidente Gustavo Díaz Ordaz el país se le estaba yendo de las manos y eso en el año de las olimpiadas. Por primera vez, los juegos olímpicos se llevarían a cabo en un país del tercer mundo (concepto acuñado por De Gaulle). En la Ciudad de México, nuestra fachada se levantó en menos de un año, surgieron la Villa Olímpica, los conjuntos deportivos, los estadios y hasta una innovación: la olimpiada cultural para exhibir las riquezas espirituales de México, su aportación intelectual al mundo. Vendrían poetas del mundo entero, Eugenio Yevtuchenko de Rusia, Pablo Neruda de Chile, Octavio Paz, nuestro embajador en la India, Nicolás Guillén de Cuba y muchos más. Después de la Segunda Guerra Mundial, México vivía un florecimiento; invertir en México era seguro y fluían los capitales extranjeros. A partir del sexenio alemán (1946-1950) México se dispuso a ser catapultado en el siglo XXI. A diferencia del Tata Cárdenas, el gobierno abandonó el cultivo de la tierra para volver empresarios a los campesinos y entrar a la modernidad con todo y nuestros rezagos. Según los ilusos, con los tramposos programas gubernamentales los pobres de México pronto serían vitoriosos industriales.

En un 95 por ciento los turistas provenían de los Estados Unidos y teníamos que cumplir sus expectativas. Ya de por sí se despedían encantados por lo barato de nuestras platerías, lo imponente de nuestros paisajes, lo impronunciable de nuestros volcanes. Haber sido esco-

gidos por Avery Brundage, el presidente del Comité Olímpico Internacional como sede de la XIX olimpiada en 1968 era el mayor premio que el PRI, el partido revolucionario institucionalizado podía alcanzar. ¡Qué gloria ser el anfitrión de esta fiesta de proporciones gigantescas! La verdad, México, cornucopia de la abundancia, merecía ese triunfo.

Tras la construcción de los edificios que albergarían a los deportistas, se escondía la miseria, la gente descalza, los niños panzones, los campesinos sin comer, la jerarquización de una sociedad hostil a los olvidados de siempre, la crueldad de un gobierno dispuesto a apañarlo todo. Eso sí, en las entrañas de la ciudad, correría en el futuro un Metro más moderno que el de París, aunque en las entrañas de la mayoría de los mexicanos no corrieran sino tortillas con sal. El PRI-gobierno intentaba demostrarle al mundo que había que seguir invirtiendo en México, que nuestro país era un modelo a seguir, que el futuro de América Latina dependía de nuestra guía, que éramos su hermano mayor, el vecino confiable e interlocutor de los Estados Unidos —el país más poderoso de la tierra. ¡Qué impresionada le íbamos a dar al mundo! Por más exorbitantes que fueran los gastos, millones de dólares entrarían en el futuro porque los seducidos visitantes trasladarían sus cuentas bancarias a nuestro paraíso fiscal y recuperaríamos el oro que se llevaron nuestros primeros conquistadores.

“No queremos olimpiadas, queremos revolución. No queremos olimpiadas, queremos revolución”.

¡Ah que los muchachos antipatriotas y saboteadores! Los ciento cuarenta y seis días, duración del Movimiento Estudiantil, fueron de fervor. Quienes participaron jamás los olvidarán. La Universidad actuó como la gran protectora de sus estudiantes y muchos de ellos se guarecieron en las aulas y hasta durmieron en los corredores con tal de no perder una sola de las asambleas. Toda la noche ronroneaba la fotocopidora, la UNAM proveía el papel. En las aulas, los días se iban en las ardientes tareas de imprimir volantes, reunir botes de Mobil-Oil y forrarlos con las letras CNH (Consejo Nacional de Huelga) y salir volando a la calle a hacer colectas. La euforia de la planeación de los mítines y de las grandes marchas resultó desbordante. Hombres y mujeres vivían los mejores días de su vida pasada y futura, nada mejor podía sucederles. La camara-

México podría cambiar. Hasta ese día, ninguna demostración antigubernamental en la historia de México había levantado tanta ámpula.

dería es un elixir, una pócima sagrada. Guillermo Haro, director del Instituto de Astrofísica sonreía al oír una voz juvenil anunciar “UNAM, territorio libre de México” amplificada por los magnavoces. La actriz Margarita Isabel era una castañuela en sus mítines relámpago, materia memorable porque fascinaba a todos, la Tita, Roberta Avendaño, una figura entrañable a la que había que cargar entre cuatro para escapar de las macanas de los granaderos y saltar la barda. Marcelino Perelló, el líder estudiantil más guapo y no se diga Gilberto Guera Niebla que rechazaba con la fuerza de su belleza (y de su palabra, claro está) un sistema social jerárquico y autoritario.

La toma de Ciudad Universitaria en el mes de septiembre y la detención de quinientos universitarios llevados en camiones abiertos del ejército, estudiantes, maestros e investigadores indignaron a todos. Los estudiantes rodearon a su rector Javier Barros Sierra que los defendía confrontando personalmente al Presidente de la República. Guillermo Massieu, director del Politécnico, nunca les dio semejante protección a sus estudiantes. Los ciento cuarenta y seis días para los muchachos del Poli fueron de persecución policiaca, temor, falta de oportunidades y rechazo total en un rumbo de la ciudad —el norte—, mucho más pobre que el universitario y por lo tanto mucho más expuesto a las detenciones y las razias policiacas. Las marchas, las colectas, los pleitos entre marxistas-leninistas y maoistas, la quema de camiones, los desplegados en el periódico *El Día* que dio seguimiento a las actividades del Consejo Nacional de Huelga, los comunicados, los

a rúculos de simpatizantes como Francisco Martínez de la Vega, José Alvarado, María Luisa Mendoza, Gastón García Cantú, amigo personal de don Javier Barros Sierra, Froylán López Narváez, Hugo Hiriart, José Muñoz Cota, Luis Suárez, Carmona Nencías, Fernando Benítez y Carlos Monsiváis que seguían esta larga marcha (a veces jubilosa, otras aterradora porque había muertos y encarcelados) terminó en la Plaza de las Tres Culturas, el 2 de octubre de 1968, a las seis y diez de la tarde, bajo la lluvia, con la entrada del ejército que comandaba el general Hernández Toledo (herido en el pecho) y del Batallón Olimpia situado en las azoteas de los edificios circundantes compuesto por hombres vestidos de civil, que llevaban un guante blanco o un pañuelo para identificarse, que en una confusión absoluta desataron la balacera.

Los testimonios coinciden en que la repentina aparición de un helicóptero que aventó luces de bengala verde en el cielo de la Plaza de las Tres Culturas de la Unidad Habitacional Nonoalco-Tlatelolco, desencadenó la balacera que convirtió el mitin estudiantil del 2 de octubre en la tragedia de Tlatelolco.

A las 5:30 del miércoles 2 de octubre de 1968, aproximadamente diez mil personas se congregaron en la explanada de la Plaza de las Tres Culturas (así llamada porque preserva el mundo precolombiano en las ruinas arqueológicas, el de la Colonia, en el Convento Franciscano, y la época moderna en el edificio de Relaciones Exteriores (que ahora pertenece a la UNAM y exhibe en forma permanente las imágenes y los testimonios de la masacre)



para escuchar a los oradores del Consejo Nacional de Huelga quienes, desde el balcón del tercer piso del edificio Chihuahua, se dirigían a la multitud compuesta en su gran mayoría por estudiantes, hombres y mujeres, vendedores ambulantes, amas de casa con niños en brazos sentadas en el suelo, habitantes de la Unidad, transeúntes que se detuvieron a curiosear, los habituales mirones y muchas personas que vinieron a asomarse. El ambiente era tranquilo a pesar del enorme despliegue de fuerza de la policía, el ejército y los granaderos. Los estudiantes en la plaza repartían volantes, hacían colectas en botes con las siglas CNH, vendían periódicos y carteles y, en el tercer piso del edificio, además de los reporteros que cubren las fuentes nacionales, corresponsales y fotógrafos extranjeros invitados por los estudiantes miraban con curiosidad el otro lado de la luna: el México que nada tenía que ver con los juegos olímpicos que habrían de iniciarse diez días más tarde.

“El Movimiento va a seguir a pesar de todo”, “... se ha despertado la conciencia cívica y se ha politizado a la familia mexicana”, un orador propuso el boicot contra el diario *El Sol*. Un grupo de trabajadores que portaba una manta: “Los ferrocarrileros apoyamos el Movimiento y desconocemos las pláticas Romero Flores-GDO”, fue recibido con aplausos. El grupo ferrocarrilero anunció paros escalonados desde “mañana, 3 de octubre, en apoyo del Movimiento Estudiantil”.

Cuando los líderes vieron el gran despliegue de fuerza del ejército, la policía y los granaderos, decidieron disolver el mitin y pidieron a la multitud que regresara a su casa. Un estudiante anunció a las 6:10 que la marcha al Casco de Santo Tomás del Politécnico estaba cancelada en vista del despliegue de fuerzas públicas, surgieron en el cielo las tres luces de bengala que hicieron que los concurrentes dirigieran automáticamente su mirada hacia arriba. Se oyeron los primeros disparos. La gente se alarmó. A pesar de que un líder del CNH, desde el tercer piso del edificio Chihuahua, gritaba por el magnavoz: “¡No corran compañeros, no corran, son salvas!... ¡No se vayan, no se vayan, calma!”, todos huyeron despavoridos y muchos caían en la plaza, en las ruinas prehispánicas frente a la iglesia de Santiago Tlatelolco. Se oía el fuego cerrado y el tableteo de las ametralladoras. A partir de ese momento, la Plaza de las Tres Culturas se convirtió en un infierno.

Nos lo dice el periodista José Luis Mejías (“Mitin trágico” *Diario de la Tarde*, México, 5 de octubre de 1968): “Los individuos enguantados sacaron sus pistolas y comenzaron a disparar a boca de jarro e indiscriminadamente sobre mujeres, niños, estudiantes y granaderos...”. A los primeros disparos cayó el general Hernández Toledo, comandante de los paracaidistas, y de ahí en adelante, con la embravecida tropa disparando sus armas largas y cazando a los francotiradores en el interior de los edificios, ya a nadie le fue posible obtener una visión de conjunto

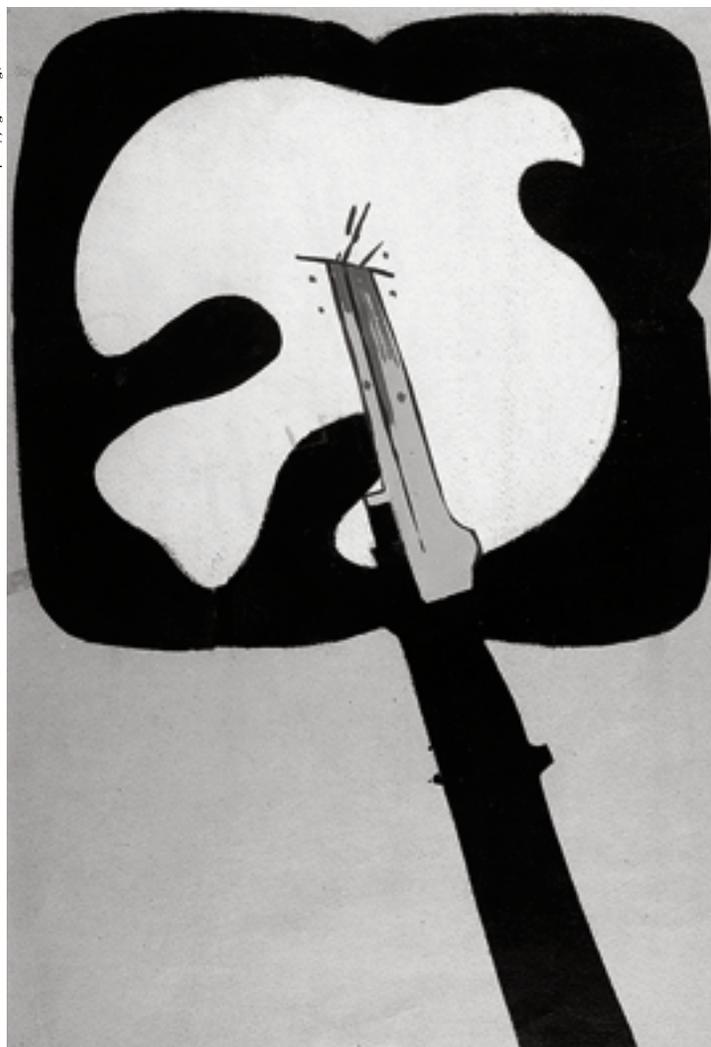


de los sangrientos sucesos”. Pero la tragedia de Tlatelolco dañó a México mucho más profundamente de lo que lamenta *El Herald*, al señalar los graves perjuicios al país en su crónica (“Sangriento encuentro en Tlatelolco”, 3 de octubre de 1968): “Pocos minutos después de que se iniciaron los combates en la zona de Nonoalco, los corresponsales extranjeros y los periodistas que vinieron aquí para cubrir los juegos olímpicos comenzaron a enviar notas a todo el mundo para informar sobre los sucesos. Sus informaciones —algunas de ellas abultadas— contuvieron comentarios que ponen en grave riesgo el prestigio de México”.

Según Claude Kiejman, la corresponsal del diario *Le Monde* algunos corrieron hacia la iglesia de Santiago Tlatelolco y gritaron:

—Ábrannos, ábrannos.

Los frailes franciscanos hermanos-lobo mantuvieron cerrada la puerta a sus hermanos-niños.



A Claude Kiejman, a Jean François Held y a muchos más los mantuvieron con los brazos en alto bajo la lluvia.

Dos mil personas fueron arrestadas. Los familiares quedaron sin noticias y anduvieron peregrinando de los hospitales a los anfiteatros buscando a sus hijos. De veintinueve, el número oficial de los muertos (dado por la prensa de México) pasó a cuarenta y tres. Los periódicos recibieron una orden tajante: “No más información”. En el diario *Novedades* uno tras otro fueron rechazados los artículos que escribí, inclusive una entrevista con Oriana Fallaci, herida en el mitin de Tlatelolco al que había sido invitada. La encontré indignada en su cama del Hospital Francés. Hablaba por teléfono con algún jefe del Parlamento italiano para exigir a gritos que la delegación italiana cancelara su viaje a las olimpiadas. Por fin accedió a decirme: “¡Que salvajada! Yo he estado en Vietnam y puedo asegurar que en Vietnam durante los tiroteos y los bombardeos (también en Vietnam señalan los sitios que se van a bombardear con luces de bengala) hay refugios,

trincheras, agujeros, qué se yo, a donde correr a guarecerse. Aquí no hubo la más remota posibilidad de salvación. Al contrario. Tiraron sobre una multitud inerte en una plaza que es en sí una trampa. La multitud no tenía escapatória. Yo estaba tirada boca abajo en el suelo, cuando quise cubrir mi cabeza con mi bolsa para protegerme de las esquirlas un policía apuntó el cañón de su pistola a unos centímetros de mi cabeza: ‘No se mueva’. Yo veía las balas incrustarse en el piso de la terraza a mi alrededor. También vi cómo la policía arrastraba de los cabellos a estudiantes y a jóvenes y los arrestaban. Vi a muchos heridos, mucha sangre, hasta que me hirieron a mí y permanecí en un charco de mi propia sangre cuarenta y cinco minutos. Un estudiante junto a mí repetía: ‘Valor, Oriana, valor’. La policía jamás atendió a mi petición reiterada: ‘Avísenle a mi embajada. Soy una periodista italiana’. Todos se negaron hasta que una mujer me dijo: ‘Yo voy a hacerlo’”.

Rodolfo Rojas Zea fue el joven periodista que invitó a Oriana Fallaci y la cubrió con su cuerpo a la hora de los balazos y resultó herido en el glúteo y en el muslo por una MI, afortunadamente de rebote porque si no le destroza la pierna aunque las esquirlas todavía le impiden caminar como antes. Oriana recibió un balazo cerca de la cintura, pero sólo la rozó. Ambos vieron muchos cuerpos tirados en la plaza. La información de Rojas Zea, que escribió su reportaje a pesar de sus heridas, fue mutilada. Los periódicos no informaron. Salvo honrosas excepciones, la censura silenció las conciencias.

El mismo 2 de octubre cuando la doctora en antropología Margarita Nolasco logró salir de la Plaza de las Tres Culturas de Santiago Tlatelolco abrió la ventanilla del taxi que la llevaba a su casa y gritó a los peatones que se encontraban a la altura de la Casa de los Azulejos.

—¡Están masacrando a los estudiantes en Tlatelolco! ¡El ejército está matando a los muchachos!

El taxista entonces la reprendió:

—Suba usted la ventanilla, señora, porque si sigue haciendo esto, señora, tendré que bajarla del coche.

Él mismo cerró la ventanilla.

La vida seguía como si nada. Margarita Nolasco perdió el control: “Todo era de una normalidad horrible, insultante, no era posible que todo siguiera en calma”. Nadie se daba por enterado. El flujo interminable de los automóviles subiendo por la avenida Juárez seguía su cauce, río de acero inamovible. Nadie venía en su ayuda. La indiferencia era tan alta como la de los rascacielos. Además llovía.

El periodista José Alvarado escribió: “Había belleza y luz en las almas de los muchachos muertos. Querían hacer de México morada de justicia y verdad, la libertad, el pan y el alfabeto para los oprimidos y olvidados. Un país libre de la miseria y el engaño.

“Y ahora son fisiologías interrumpidas dentro de pieles ultrajadas.

“Algún día habrá una lámpara votiva en memoria de todos ellos”.

Después de todo, Tlatelolco era sólo un enclave dentro de la ciudad más grande del mundo, el Movimiento Estudiantil sólo una revuelta de jóvenes imberbes que creían que la ciudad era suya, que podían cantar de alegría y dejar salir al poeta que traían adentro, a su ángel de la guarda, al ego, al subconsciente, a la entrega, al amor por el otro, a las fuerzas del bien y del mal, adolescentes ingenuos que se imaginaron que las quinientos mil personas que marchaban junto a ellos en las grandes manifestaciones eran sus camaradas y los iban a proteger siempre, que apoyados por la multitud serían invencibles, jóvenes alucinados y espléndidos que creían poder gritar impunemente frente al balcón presidencial al entonces jefe de la nación (y sobre todo jefe del Ejército Mexicano) Gustavo Díaz Ordaz:

Sal al balcón, hocicón,
sal al balcón, bocón.

El Movimiento Estudiantil sacaba de quicio a muchos, a todos aquéllos que en la Cámara de Diputados aplaudieron de pie las medidas tomadas por el presidente Díaz Ordaz y ejecutadas por su segundo, Luis Echeverría, el 2 de octubre. El Movimiento Estudiantil los desafiaba y ponía en peligro no sólo las olimpiadas sino también la autoridad de empresarios y jefazos. Los embotellamientos, el súbito incendio de un autobús a la mitad de San Juan de Letrán (hoy Eje Central Lázaro Cárdenas), la teatencendida de los transportes públicos, las vitrinas hechas pedazos, las interrupciones de tránsito, las colectas en la calle, las porras y los estribillos estudiantiles “Di por qué, dime Gustavo, / di por qué, eres cobarde, / di por qué no tienes madre, dime Gustavo por qué”. Y “En la calle de Insurgentes / que chinguen a su madre los agentes”, los graffitis, los mítines relámpago, las arengas en el mercado, la brusca irrupción de una nueva realidad molesta para la rutina de los oficinistas y los hacía exclamar: “¿Por qué no están estudiando? Su lugar es frente a sus libros. La sociedad paga sus aulas y sus carreras, bola de irresponsables”. La de los estudiantes era una protesta muy localizada, los universitarios y los politécnicos eran los alborotadores, el descontento no se había generalizado, muchos estaban

conformes; un refresco y una torta bastaban para adherirse al PRI. El nuestro ¡qué país de acarreados! Además el 12 de octubre se inaugurarían los juegos olímpicos. Por primera vez un país de América Latina había sido escogido. México era la sede internacional. ¡Qué gran honor! Y con sus desmanes los locos esos irreverentes y penderciersos ponían en peligro el prestigio del país, el de su dirigencia. Muchos aficionados y turistas habían cancelado su habitación en los hoteles. ¡México bárbaro estaba de nuevo en la pública palestra! Los estudiantes se habían empeñado en hundir al país. ¿No decían que unas bombas de manufactura universitaria harían volar el tablero del estadio precisamente en CU?

En su versión del jueves 3 de octubre de 1968 nos dice *Excelsior*: “Nadie observó de dónde salieron los primeros disparos. Pero la gran mayoría de los manifestantes aseguraron que los soldados, sin advertencia ni previo aviso, comenzaron a disparar: ‘...los disparos surgían por todos lados, lo mismo de lo alto de un edificio de la Unidad Tlatelolco que de la calle donde las fuerzas militares en tanques ligeros y vehículos blindados lanzaban ráfagas de ametralladora casi ininterrumpidamente...’”. *Novedades, El Universal, El Día, El Nacional, El Sol de México, El Heraldo, La Prensa, La Afición, Oraciones* repiten que el ejército tuvo que repeler a tiros el fuego de francotiradores apostados en las azoteas de los edificios. Prueba de ello es que el general José Hernández Toledo, que dirigió la operación, recibió un balazo en el tórax y declaró a los periodistas al salir de la intervención quirúrgica que se le practicó: “Creo que si se quería derramamiento de sangre ya es más que suficiente con la que yo he derramado,” como lo consignó *El Día*, 3 de octubre de 1968.

Según *Excelsior* se calcula que participaron unos cinco mil soldados y muchos agentes policíacos, la mayoría vestidos de civil. Tenían como contraseña un pañuelo envuelto en la mano derecha. Así se identificaban unos a otros, ya que casi ninguno llevaba credencial por protección frente a los estudiantes.

“El fuego intenso duró 29 minutos. Luego los disparos decrecieron pero no acabaron”.

Los tiros salían de muchas direcciones y las ráfagas de las ametralladoras zumbaban en todas partes y, como afirman varios periodistas, “muchos soldados debieron lesionarse entre sí, pues al cerrar el círculo los proyectiles salieron por todas direcciones”, dijo el reportero Félix Fuentes en su relato del 3 de octubre en *La Prensa*. El

La Universidad actuó como la gran protectora de sus estudiantes y muchos de ellos se guarecieron en las aulas y hasta durmieron en los corredores...

ejército tomó la Plaza de las Tres Culturas con un movimiento de pinzas, es decir, llegó por los dos costados y cinco mil soldados avanzaron disparando armas automáticas contra los edificios, añade Félix Fuentes. “En el cuarto piso de un edificio, desde donde tres oradores había arrojado a la multitud contra el gobierno, se vieron fogonazos. Al parecer, allí abrieron fuego agentes de la Dirección Federal de Seguridad y de la Policía Judicial del Distrito.

“La gente trató de huir por el costado oriente de la Plaza de las Tres Culturas y mucha lo logró, pero cientos de personas se encontraron a columnas de soldados que empuñaban sus armas a bayoneta calada y disparaban en todos sentidos. Ante esta alternativa las asustadas personas empezaron a refugiarse en los edificios, pero las más corrieron por las callejuelas para salir a Paseo de la Reforma cerca del Monumento a Cuitláhuac.

“Quien esto escribe, fue arrollado por la multitud cerca del edificio de la Secretaría de Relaciones Exteriores. No muy lejos se desplomó una mujer, no se sabe si lesionada por algún proyectil o a causa de un desmayo. Algunos jóvenes trataron de auxiliarla pero los soldados lo impidieron”.

“El General José Hernández Toledo declaró después que, para impedir mayor derramamiento de sangre, ordenó al ejército no utilizar las armas de alto calibre que llevaba”, (*El Día*, 3 de octubre de 1968). (Hernández Toledo ya ha dirigido acciones contra la Universidad de Michoacán, la de Sonora y la Autónoma de México, y tiene a su mando a hombres del cuerpo de paracaidistas calificados como las tropas de asalto mejor entrenadas del país). Sin embargo, Jorge Avilés, redactor de *El Uni-*

versal escribe el 3 de octubre: “Vimos al ejército en plena acción; utilizando toda clase de instrumentos, las ametralladoras pesadas empotradas en una veintena de jeeps, disparaban a todos los sectores controlados por los francotiradores”. *Excelsior* reitera: “Unos trescientos tanques, unidades de asalto, jeeps y transportes militares tenían rodeada toda la zona, desde Insurgentes hasta Reforma, hasta Nonoalco y Manuel González. No permitían salir ni entrar a nadie, salvo rigurosa identificación”. Miguel Ángel Martínez Agis de *Excelsior* reportó a las 18 horas desde el Edificio Chihuahua: “Un capitán del ejército usa el teléfono. Llama a la Secretaría de la Defensa. Informa de lo que está sucediendo: ‘Estamos contestando con todo lo que tenemos... Allí se veían ametralladoras, pistolas 45, calibre 38 y unas 9 milímetros”.

El General Marcelino García Barragán, Secretario de la Defensa Nacional, declaró al reportero de *Excelsior* Jesús M. Lozano que: “Al aproximarse el ejército a la Plaza de las Tres Culturas fue recibido por francotiradores. Se generalizó un tiroteo que duró una hora aproximadamente... Hay muertos y heridos tanto del ejército como de los estudiantes: No puedo precisar en estos momentos el número de ellos.

“—¿Quién cree usted que sea la cabeza de este movimiento?”

“—Ojalá y lo supiéramos.

(Indudablemente no tenía bases para inculpar a los estudiantes).

“—¿Hay estudiantes heridos en el Hospital Central Militar?”

“—Los hay en el Hospital Central Militar, en la Cruz



Asistentes al mitin del 7 de septiembre en la Plaza de las Tres Culturas

© Tovarishi Caracas, nuevo Correo 68



© Acervo Hermanos Miró, foto-42, 2011

Vista de la Plaza de las Tres Culturas, octubre de 1968

Verde, en la Cruz Roja. Todos ellos están en calidad de detenidos y serán puestos a disposición del Procurador General de la República. También hay detenidos en el Campo Militar Número 1, los que mañana serán dispuestos a disposición del General Cueto, Jefe de la Policía del DF.

—¿Quién es el comandante responsable de la actuación del ejército?

—El comandante responsable soy yo”.

El jefe de la policía metropolitana negó que, como informó el Secretario de la Defensa, hubiera pedido la intervención militar en Ciudad Tlatelolco. El General

Luis Cueto Ramírez dijo textualmente: “La policía informó a la Defensa Nacional en cuanto tuvo conocimiento de que se escuchaban disparos en los edificios aledaños a la Secretaría de Relaciones Exteriores y de la Vocacional 7, en donde tiene servicios permanentes”. (...)“La mayoría de las armas confiscadas por la policía, son de fabricación europea y corresponden a los modelos de los usados en el bloque socialista. Cueto negó saber que políticos mexicanos promuevan en forma alguna esta situación y afirmó no tener conocimiento que ciudadanos estadounidenses hayan sido aprehendidos. En cambio están prisioneros un guate-

malteco, un alemán y otro que por el momento no recuerdo”. (*El Universal, El Nacional*, 3 de octubre de 1968).

Los cuerpos de las víctimas en la Plaza de las Tres Culturas no pudieron ser fotografiados porque el ejército lo impidió. (*La Prensa*, 3 de octubre de 1968). El 6 de octubre en un manifiesto “Al Pueblo de México”, publicado en *El Día*, el CNH declaró: “El saldo de la masacre de Tlatelolco aún no acaba. Hasta el momento han muerto cerca de cien personas de las cuales sólo se sabe de las recogidas en el momento: los heridos cuentan por miles...”. El mismo 6 de octubre el CNH, al anunciar que no haría nuevas manifestaciones o mítines, afirmó que las fuerzas represivas “causaron la muerte con su acción a ciento cincuenta civiles y cuarenta militares”. En *Posdata*, Octavio Paz cita el número que el diario inglés *The Guardian*, tras una “investigación cuidadosa”, considera como la más probable: trescientos veinticinco muertos.

En México no se ha logrado precisar hasta ahora el número de muertos. El 3 de octubre la cifra declarada en los titulares y reportajes de los periódicos oscila entre veinte y veintiocho. El número de heridos es mucho mayor y el de detenidos es de dos mil. A las doce de la noche aproximadamente dejaron de escucharse los disparos en el área de Tlatelolco. De los edificios desalojados por la tropa fueron conducidos al Campo Militar Número 1 cerca de mil detenidos que más tarde serían llevados a la cárcel de Santa Marta Acatitla. La zona de Tlatelolco siguió rodeada por el ejército. Grupos de once soldados entraron a los edificios a catear casa por casa. Muchas familias abandonaron sus departamentos con sus pertenencias después del humillante registro.

El número de presos en la cárcel de Lecumberri por el Movimiento de 1968 fue de ciento sesenta y cinco.

Posiblemente no sepamos nunca cuál fue el mecanismo interno que desencadenó la masacre de Tlatelolco. ¿El miedo? ¿La inseguridad? ¿La cólera? ¿El terror a perder la fachada? ¿El despecho ante el joven que se empeña en no guardar las apariencias delante de las visitas? Posiblemente nos interroguemos siempre junto con el cuadro negro de Abel Quezada “¿Por qué?” en vez de su caricatura de costumbre. La noche triste de Tlatelolco —a pesar de todas sus voces y testimonios— sigue siendo incomprensible. ¿Por qué? Tlatelolco es incoherente, contradictorio. Pero la muerte no lo es. Ninguna crónica nos da

una visión de conjunto. Todos —testigos y participantes— tuvieron que resguardarse de los balazos, muchos cayeron heridos.

Todavía fresca la herida, todavía bajo la impresión del mazazo en la cabeza, la sangre pisoteada de estudiantes, hombres, mujeres, niños, soldados, diez días después los mexicanos pasmados se sentaron frente a la televisión a ver los juegos olímpicos. Rosario Castellanos preguntó en un poema escrito especialmente para *La noche de Tlatelolca*: ¿Quién? ¿Quiénes? Nadie. Al día siguiente nadie / La plaza amaneció barrida; los periódicos / dieron como noticia principal / el estado del tiempo. / Y en la televisión, en el radio, en el cine / no hubo ningún cambio de programa, / ningún anuncio intercalado ni un / minuto de silencio en el banquete. / (Pues prosiguió el banquete”).

El 3 de octubre de 1968 los periódicos dieron una noticia escueta, lacónica, tramposa que minimizaba la masacre y para colmo acusaba a los estudiantes. *Novedades* habló de francotiradores y de veinticinco muertos, ochenta y siete lesionados, entre ellos el General Hernández Toledo y doce militares más heridos. *El Universal* dijo que eran veintinueve los muertos en el campo de batalla contra terroristas ya que los soldados sostuvieron un rudo combate y había mil detenidos. *El Sol de México* lamentó que manos extrañas cuyo objetivo era frustrar los XIX juegos olímpicos se empeñaran en desprestigiar a México. Francotiradores abrieron fuego contra la tropa en Tlatelolco e hirieron a un general y a once militares; dos soldados y más de veinte civiles muertos en la peor refriega.

De los estudiantes sólo se preocuparon *El Día* y el *Excelsior*. Dos mil personas fueron arrestadas. Los familiares quedaron sin noticias y anduvieron peregrinando de los hospitales a los anfiteatros buscando a sus hijos. Los padres de Raúl Álvarez Garín publicaron un desplegado en *El Día* preguntando semana tras semana dónde estaba su hijo. En el Campo Militar Número 1, no cupo un alfiler después de tanto muchacho rapado y vilipendiado en espera de conocer su suerte. De veintinueve, los muertos pasaron a cuarenta y tres. Los periódicos recibieron una orden tajante: “No más información”. En vista de la cercanía de los juegos olímpicos y de que los ojos del mundo estaban puestos en México los periódicos que contrariaran la orden perderían sus prebendas.

A partir del 2 de octubre, muchos nos inclinamos

A cuarenta años, todavía resuena
el eco del grito de los que murieron
y el grito de los que quedaron.



© Fondo de Cultura Económica

sobre nosotros mismos y nos preguntamos quiénes éramos y qué queríamos. Nos dimos cuenta que habíamos vivido en una especie de miedo latente y cotidiano que intentábamos suprimir pero que había reventado. Sabíamos de la miseria, de la corrupción, de la mentira, de que el honor se compra pero no sabíamos de las piedras manchadas de sangre de Tlatelolco, de los zapatos perdidos de la gente que escapa, de las puertas de hierro de los elevadores del conjunto habitacional de Santiago-Tlatelolco perforadas por ráfagas de ametralladora. Los edificios de la avenida Juárez volvieron a caérsenos encima, la gente caminó de nuevo a toda prisa mirándose los pies y algo muy cercano al pánico pudo leerse en su rostro. “¡Qué horrible normalidad!” diría doña Margarita Nolasco.

A raíz del 2 de octubre consigné las voces de muchachos, muchachas, madres y padres de familia. “Sí, pero cámbieme de nombre”. “Yo le cuento pero no ponga quién soy”. Salvo los líderes presos en la cárcel preventiva de Lecumberri y algunas madres de familia guardé los nombres en el fondo del corazón bien guardados a riesgo de no saber hoy, a treinta años, quién es quién. Muchos se negaron a hablar. La familia de la edecán Regina Teuscher Kruger cuya imagen indeleble en una revista impactó a miles de mexicanos (entre otros a Antonio Velasco Piña que la convirtió en sacerdotisa esotérica muerta y resucitada para iniciar una nueva era e incendiar los dos volcanes, el Popo y el Ixta) se negó a hablar con periodista alguno.

El padre de Regina, de origen alemán, recogió el cadáver de su hija de veintiún años con seis tiros de bala a lo largo de la espalda.

Casi todos los centenares de hospitalizados presentaban heridas en la espalda, en los glúteos, en los muslos, en las piernas. Mientras intentaban salir de la trampa, les tiraron por detrás.

Esta tragedia escindió la vida de muchos mexicanos; antes y después del 2 de octubre. 1968 fue un año que nos marcó a sangre y fuego. 1968 es el año del reclamo de los jóvenes en el mundo entero. Hubo otros movimientos estudiantiles en Francia, en Checoslovaquia, en Japón, ninguno tan violento como el nuestro, el fuego intenso duró veintinueve minutos, luego los disparos decrecieron pero no terminaron dijo el diario *Excelsior*.

En su mayoría, recogí los testimonios del 68 en octubre y en noviembre de 1968. Los estudiantes presos en Lecumberri dieron los suyos en el curso del año siguiente gracias a Raúl Álvarez Garín que los citaba el domingo en su celda. Los defensores de los presos políticos Carmen Merino y Carlos Fernández del Real también me hicieron llegar algunos materiales que enviaron hombres íntegros como Heberto Castillo, Manuel Marcué Pardiñas, Armando Castillejos, José Revueltas, y las mujeres que visité en Santa Marta Acatitla, Roberta Avendaño, Ana Ignacia Rodríguez y Adelita Castillejos.

Se han publicado ya muchos libros sobre el 68, los más



extraordinarios, los más analíticos, los de Carlos Monsiváis, pero quisiera mencionar antes que a nadie al refugiado de la Guerra Civil de España, el escritor y periodista Ramón Ramírez y a su actitud ante la vida y su trabajo invaluable por su meticulosidad. Cuando “México en la cultura”, el suplemento de *Novedades* que dirigía Fernando Benítez fue censurado, de todos los que salimos Ramón Ramírez fue el más afectado. No se quejó aunque para él perder su trabajo era muy duro. Lo recuerdo en alguna manifestación con su gabardina, alto, delgado, fino —los rasgos de su rostro denotaban su espiritualidad—, tomando apuntes, alerta como un mirlo. Su trabajo es el mejor, el más exacto, el más completo y aún no se le hace justicia.

La noche de Tlatelolco pertenece a los estudiantes. Está hecha con sus palabras, sus luchas, sus errores, su dolor y su asombro. Aparecen también sus “aceleradas”, sus errores, su ingenuidad, su confianza, su amor a la fiesta de la libertad. Sobre todo les agradezco a las madres, a los que perdieron al hijo, al hermano, el haber accedido

a hablar. El dolor es un acto absolutamente solitario. Hablar de él resulta casi intolerable; indagar, horadar, tienen sabor de insolencia.

Este relato recuerda a una madre que durante días permaneció quieta, endurecida bajo el golpe y, de repente, como un animal herido —un animal a quien le extraen las entrañas— dejó salir del centro de su vida, de la vida misma que ella había dado, un ronco, un desgarrado grito. Un grito que daba miedo, miedo por el mal absoluto que se le puede hacer a un ser humano; ese grito que todo lo rompe, el ay de la herida definitiva, la que no podrá cicatrizar jamás, la de la muerte del hijo.

A cuarenta años, todavía resuena el eco del grito de los que murieron y el grito de los que quedaron.

El Movimiento Estudiantil de 1968 fue la punta de flecha de otros “enloquecidos movimientos de pureza” en nuestro país. Otros José Revueltas, otros Leobardo López Arretche, otros Óscar Menéndez, otros Heberto Castillo, otras María Fernanda Campa, otros Gilberto Guevara Niebla, otros Raúl Álvarez Garín, otros

Manuel Marcué Pardiñas, otros Armando Castillejos, otras Roberta Avendaño “Tita”, otras Ana Ignacia Rodríguez “Nacha”, otros Marcelino Perelló, otros Joel Ortega, otros Salvador Martínez della Roca “El Pino”, otros Luis Tomás Cervantes Cabeza de Vaca, otros Félix Hernández Gamundi han aparecido en nuestro país. Allí está el EZLN (Ejército Zapatista de Liberación Nacional) para comprobarlo. A cuarenta años, la consigna “Dos de octubre no se olvida” se grita en la marcha anual en la que participan jóvenes que ni siquiera habían nacido. El Comité del 68 con Raúl Álvarez a la cabeza logró llevar al ex presidente Luis Echeverría al banquillo de los acusados y hoy vive detenido en su casa. Pero necesitamos que los responsables sean enjuiciados, que la historia de los jóvenes asesinados sea rescatada, necesitamos rendirles homenaje porque a ellos los mataron por creer que podían cambiar al mundo.

En cualquier otro país, la masacre de Tlatelolco habría causado una guerra civil. ¿Conjura comunista, conjura de la CIA? ¿Conjura de políticos mexicanos enemigos del gobierno? ¿Ambición de presidencialistas? ¿“Enloquecido movimiento de pureza” como lo llamó José Revueltas? Todavía no tenemos una explicación de lo sucedido. Cuatro décadas después no hay respuesta.

No cabe duda de que el Movimiento Estudiantil de 1968 fue punta de flecha de otras epopeyas que intentaron romper la homogeneidad y la corrupción gubernamental. El impulso de los estudiantes y su heroísmo jugó un papel importante en el triunfo en las elecciones de Cuauhtémoc Cárdenas, candidato de oposición y en el Ejército Zapatista de Liberación Nacional en Chiapas y en los movimientos de resistencia pacífica que desde el 2006 salen de la plancha del Zócalo a todos los estados del país.

La matanza del 2 de octubre es una de las masacres más evidentes de los comienzos del terrorismo de Estado en América Latina. En Argentina, los familiares de los desaparecidos persiguen a los culpables, señalan su casa con pintura roja de sangre. En México, no tenemos aún el número exacto de muertos ni hemos enjuiciado a los responsables.

No pretendemos hacer justicia por mano propia pero señalar a los culpables es la única manera de que la historia no la escriban sólo los poderosos. Es la única manera de hacer más habitable un país, en el que mueren de hambre cinco mil niños al año.

Es de toda justicia que Tlatelolco, ese espacio en el que cayeron universitarios y politécnicos pertenezca hoy a la Universidad. Es de toda justicia recordar al rector Javier Barros Sierra. Es de toda justicia señalar a los responsables. En esta explanada hubo una matanza, esclarecer los hechos es el mejor homenaje que podemos rendir a los muertos y desaparecidos. ¡Qué gran vergüenza mirar la plaza día tras día sin saber cuántos ni quiénes eran! La tarea le corresponde a todo México,

a cada quien desde su lugar. Es nuestro legado a los universitarios para que el crimen de Estado en el que participaron todas las instituciones no quede impune. Si no lo logramos seguirán los criminales corrompiendo a nuestro país.

Si no hay verdad y justicia, el 2 de octubre del 68 puede asolarnos de nuevo. La Universidad es la gran educadora, el barómetro moral de nuestro país y la primera de sus enseñanzas es la ética. A partir de ella, puede construirse el México que todos buscamos. Quizá nunca sepamos el número exacto de muertos en la noche de Tlatelolco. Sin embargo, resonará en nuestros oídos durante muchos años la pequeña frase explicativa de un soldado al periodista de *El Día*, José Antonio del Campo: “So n cuerpos, señor”.



© Estilista 1 de septiembre 1968